



VISTA DE LA CORUÑA.

La Coruña es uno de los puertos mas importantes del N. O. de España. Se halla situado en el antiguo reino de Galicia, que es como la Auvernia de la península ibérica.

Mas poblada que las demás provincias, habitada por una raza pobre, robusta y laboriosa; Galicia envia todos los años á otras comarcas de España y á Portugal cerca de diez mil trabajadores: todos estos vuelven á la tierra con un pequeño peculio, que les permite comprar tierras ó comerciar por su cuenta.

Los gallegos tienen fama de sobrios y de honrados.

La bahía de la Coruña es una de las mas hermosas de Europa, y se halla defendida por dos castillos, llamados de San Antonio y de San Amaro. Se enseña allí un faro, cuya construccion atribuyen algunos anticuarios á los fenicios.

En la Coruña hay grandes fábricas de jarcias, y se trabajan velas para buques, de las cuales se hace gran consumo. Tambien sostiene un gran comercio de sardina, y su importacion de la Habana y otros puntos de América es considerable.

Por lo demás, al paso que algunos distritos de España parece que van declinando de día en día, en cuanto á poblacion, industria y bienestar, Galicia sigue una marcha enteramente contraria, fomentando sus intereses materiales, en los cuales estriba la verdadera riqueza de los pueblos.

TEATRO DE CUBILLO.

El genio privilegiado de Calderon, recibiendo directamente de manos del gran Lope de Vega el cetro de la escena española, acertó á completar dignamente la obra colosal de aquel, perfeccionándola todavía con mayor juicio, estudio y gusto. Dueño de todas las cualidades poéticas que hasta entonces habian aparecido dispersas entre sus muchos antecesores, brillando por fortuna en una época ya mas adelantada en inteligencia y gusto, y en medio de una corte es-

plendorosa y poética, al lado y bajo la especial proteccion de un monarca entusiasta por el arte, autor él mismo, y á quien sus detractores políticos no podrán negar por lo menos la cualidad de protector de las letras y las artes; no solo eclipsó Calderon, y aun hizo olvidar del todo las glorias de sus antecesores, sino que á impulso de su gran génio, de su original talento y de su mágico pincel, atrajo á su escuela y á su estilo á los que aun en el segundo tercio del siglo XVII quedaban fieles á las banderas de Lope: á Montalvan y á Velez, á Mirademesqua y Tirso de Molina; y permitiendo alzarse á su lado (sin por esto eclipsarle) los brillantes genios de Roxas, Moreto y Alarcon, imprimió ó impuso su sello característico al teatro nacional, dirigió poderosamente el gusto público, y por todo el resto del siglo consiguió que nuestra escena quedase ámpliamente servida por él mismo y sus discípulos ó imitadores.

El número de estos, calificados por la critica entre los escritores de segundo orden, es infinito, y seria interminable nuestro trabajo si hubiéramos de hablar de todos los que aventuraron su pluma á cultivar la escena en la segunda mitad de aquel fecundísimo siglo; pero entre ellos los hay de tal mérito y nombradía, y que contribuyeron de tal modo con sus numerosas obras á formar el admirable y espléndido repertorio del teatro Calderoniano, que seria sobrada injusticia y no cumpliríamos nuestro objeto, si no consignásemos por lo menos los títulos de su merecida celebridad.—Tales fueron CUBILLO, Matos, Belmonte, Leiva, Diamante, Mendoza, Solís, Hoz y Mota, Zárate, Candamo, y algun otro hasta Zamora y Cañizares, que aunque escribieron ya en el siglo XVIII, fueron sin embargo los últimos representantes del anterior.

D. ALVARO CUBILLO DE ARAGON, poeta granadino, es uno de aquellos cuyo nombre y cuyas obras acertaron á brillar en aquella esplendente corte de esclarecidos ingenios: y en el catálogo de sus obras dramáticas que damos á continuacion (algunas de las cuales han llegado hasta nosotros favorecidas siempre por el aura popular), las hay que no desdicen por su invencion peregrina, por su discreta forma y por

28 DE MARZO DE 1852.

su poética entonación, de las mas celebradas de los primeros autores contemporáneos. Basta citar para ello las heroicas y populares de *El Genízaro de España* y *Rayo de Andalucía*, y de *El Conde de Saldaña*. En ellas, así como generalmente en todas las demás, demostró CUBILLO un aventajado talento, un estudio aprovechado de los efectos teatrales y en la conducción de un argumento dramático, y en cuanto á los caracteres y el estilo, si bien resabiados muchas veces por el gusto afectado y metafórico, supo brillar en otras á la altura de los buenos modelos y presentar bellezas de primer orden.—Daremos pruebas de ambos estilos, heroico y festivo.—Sea la primera el magnífico diálogo entre el embajador musulmán á la corte de Alfonso el Casto y el intrépido Bernardo del Carpio, mancebo, tipo verdadero de la temeridad histórica, de la entonación arrogante de nuestros antiguos paladines. Acaba el embajador de esponer largamente su misión en unas bellas octavas, y le interrumpe el atrevido mozo con una osada respuesta, tomando para ello, sin pedirla, la voz del monarca, que parece absorbido de tanta audacia y bizarria.

BERNARDO.... Dile á tu rey que se engaña
ó que le engañó el traidor
que imputó al rey mi señor
que quiere entregar á España;
y que tambien se condena
á otro engaño, en entender
que puede ser su muger
la infanta Doña Jimena.
Dos veces su engaño sienta
si necio por él suspira,
que lo primero es mentira
y lo segundo es afrenta.
Con esto te he respondido,
y cuando hacer guerra intento,
dile que junte su gente,
dile que marche atrevido;
pero que si en Francia acaso
nos juntaremos yo y él,
partiremos el laurel
impidiendo á Francia el paso;
y que seremos amigos
contra la furia francesa;
pero acabada la empresa,
tirantemente enemigos;
porque atento á mi valor
confiese España despues,
que la defendí al francés
y la libré de Almanzor.
Y puesto que aqui has andado
arrogante y atrevido,
el castigo merecido
á tus locuras no he dado,
porque embajador no ofendes,
y enojado contra Francia,
te perdono la arrogancia
por lo que á España defiendes.
ABENGUSEF... Mi embajada deslució. (Aparte)
BERN..... Vete, goza de la ley,
y si pregunta tu rey
quién la respuesta te dió,
di que con pecho gallardo
respondió á su desatino
del Rey Alfonso un sobrino
y que se llama Bernardo.
¿No te vas?
ABENG..... ¡Graves respuestas!
BERN..... ¿Aguardas á que me enoje
y que enojado te arroje
por una ventana de estas?
ABENG..... Peso yo mucho, Bernardo,
y es mi rey muy poderoso.
BERN..... Huélgome que seas brioso.
ABENG..... Huélgome que seas gallardo.
Cuando en presencia del día
resplandece alguna estrella,
señal es que toca en ella
del sol la ardiente armonía:
y pues tú brillando mas
en presencia del sol, creo
que es conforme á su deseo
la respuesta y luz que das.
BERN..... No de un sol, de muchos soles

un español se acompaña.
ABENG..... Tambien los moros de España
somos, Bernardo, españoles.
BERN..... Africanos sois, que en ella
vuestro imperio dilatasteis.
ABENG..... ¿Y vosotros no bajasteis
de la Scitia á poseella?
Aliento, espíritu y manos
nos influye un cielo á todos;
¿qué tuvieron mas los godos
que tienen los africanos?
BERN..... Ganarla al romano arnés
nuestras valientes espadas.
ABENG..... Y nosotros á lanzadas
os la quitamos despues.
BERN..... Que fué á lanzadas conoces
mucha sangre derramando,
mas yo la iré restaurando
á bofetadas y á coces.
ABENG..... Tira, y te responderá
aquella abrasada aroma,
aquel carbon de Mahoma,
aquel pebete de Alá,
aquel adusto tizon
y abrasante maravilla,
que dominando á Castilla
á sus piés puso el leon.
BERN..... ¡Arrogante moro estás!
ABENG..... Toda la arrogancia es mia.
BERN..... Yo te buscaré algun día.
ABENG..... En el Carpio me hallarás.
Alcaide del Carpio soy.
BERN..... Ya dudo que en él me esperes.
ABENG..... ¡Ay de tí, si al Carpio fueres!
BERN..... ¡Ay de tí, si al Carpio voy!

Con esta sola cita bastaria para probar que quien era capaz de escribir tan magnífica escena, de pintar con tanto acierto y dignidad elevados caracteres, de producir sus sentimientos en versos tan armoniosos, elegantes y llenos de vigor y poesia, no era ciertamente un poeta vulgar, ni tampoco uno de los infinitos imitadores ó plagiaris de Rojas y Calderon.—Que tenia CUBILLO dotes propias de invención y aptitud para el drama heroico, lo prueban dichas comedias del *Conde de Saldaña*, las de *El rayo de Andalucía*, y *La honestidad defendida* y otras, y á pesar del desarreglo en la combinacion de sus planes (desarreglo por otro lado tan general en nuestro teatro heroico que parece calculado de intento), no pudo menos de cautivar la estimacion y simpatía del pueblo, cuyos héroes favoritos sabia presentar en la escena con todo aquel brillo, aquella majestad que su imaginación les concede en la historia, y poner en su boca las mas elevadas máximas de virtud, de valor y patriotismo. ¡Qué le importaba al público español que CUBILLO y sus contemporáneos no guardasen en sus argumentos las famosas unidades dramáticas, ni que, por ejemplo, en las ya citadas comedias se trasladase el sitio de la acción desde el Alcázar de Leon, al castillo de Luna ó al del Carpio, desde la corte de Carlo-Magno al desfiladero de Roncesvalles, si en todas partes hallaba en su primer término la simpática, noble y gigantesca figura de Bernardo, hablando y obrando con la temeridad y desenfado que nuestros romances le atribuyen! ¡Qué inconveniente hallaba en ver en la primera escena al jóven y bizarro conde de Saldaña regresando del campo de la victoria para rendir sus laureles á los piés de su rey y de su Jimena, y hallarle luego viejo, ciego y cargado de hierros en el castillo de Luna por orden del mismo Alfonso y en castigo de haber osado merecer el amor de la hermana de su rey, prorumpir desconsolado en aquellos sentidos versos:

«Cuando entré en este castillo
apenas tenia barba,
y ahora por mi desdicha
la tengo poblada y canas;»

si todo esto le producía el mas vivo interés, la mas profunda sensación, en las bellísimas escenas del encuentro y reconocimiento de Bernardo y de su padre, en la lamentosa muerte de este en el momento de sonreírle la fortuna! Quizás á esta comedia ó á otra de las muchas que con admirable efecto y con igual desarreglo escribían nuestros autores del siglo XVII, quiso aludir el cáustico Boileau, en sus tantas veces repetidos versos.

«Un rimeur sans péril de la des Pirénnées
Sur la scene en un jour renferme des années:

*Lá souvent le héros d'un spectacle grossier
Enfant au premier acte, est barbon au dernier.*

Pero esto no prueba mas sino que Boileau no conocia nuestro teatro, y que Molière y Racine seguian otro camino de los muchos que por fortuna conducen al templo de la gloria.

Nuestro CUBILLO sabia tambien, en las ocasiones en que lo creia oportuno, apropiarse su argumento á cierta regularidad y mesura, meditarlo y desenvolverlo con raro ingenio y destreza. De ello pueden servir de ejemplos las lindas comedias de *La perfecta casada*, *Las muñecas de Marcela*, y *Amar despues de la muerte*, en las cuales hay intencion moral, economía de accion, pintura viva de los caracteres, gracia y chiste en la elocucion. De estas últimas circunstancias podríamos presentar muchas pruebas que dan á conocer que CUBILLO poseia la *vis cómica* y el halagüeño colorido propio del drama de costumbres; pero debiendo no alargar demasiado este artículo, no queremos apartarnos de las ya citadas de *El Conde de Saldaña*, y buscaremos en su *segunda parte* un chistoso diálogo en que el gracioso Monzon explica á su modo los primores y adelantos de los parisienses de aquel tiempo; dicen pues así:

Monzon..... Ya que no me has preguntado,
Inés, á fuer de criada,
el chisme de mi jornada
ni lo que en Francia ha pasado,
yo, que rabio por decirlo
te llamo á la relacion.

Inés..... Estimolo yo, Monzon,
y hago lugar para oirlo.

Monz..... A la corte del francés
vienen naciones remotas,
y todos se calzan botas
en la cabeza y los piés.

Inés..... Cómo es eso?

Monz..... Yo imagino
que es contra los frios treta,
en los piés son de baqueta
y en la cabeza de vino.
Anda el brindis á porfia
haciendo un alegre trueco-
lo de Candia con lo Greco
lo del Rhin con Malvasia;
y cuando ya la cabeza
anda por dar de través,
se arrojan, sacando piés,
un socorro de cerveza.
Al español por mil modos
le pretenden derribar,
pero suelen encontrar
con quien los derriba á todos.
Al entrar á una hosteria
dice una gabacha hermosa:
¿cual qué cosa? ¿cual qué cosa
volete su señoría?
Aquí está el pavo, el faisán,
el capon, el francolin,
la vitela de Esterlin,
el chorizo de Amsterdam,
el pernil de Algarrobilla,
la lamprea del Rhodano,
el formache Parmesano,
la aceituna de Sevilla;
y apenas yo la replico,
cuando al asador clavada
sale una perdiz asada
con un limon en el pico:
uno por aquí: anda apriesa
otro allí dice: volando,
y sin saber cómo ó cuando
me hallo sentado á la mesa.
De suerte es su proceder
y su cortesana arenga,
que harán comer á quien tenga
poca gana de comer.
Yo, que siempre la tenia
abierta de par en par,
con dejarme regalar
pagaba su cortesía.
¡Paris, lugar de los cielos,
solo eché menos en él

aquella fuente de miel
y el árbol de los buñuelos!

Inés..... ¿Veso se da sin dinero?

porque de tu relacion
lo que importa mas, Monzon,
te dejas en el tintero.

Monz..... No, mas no es tan grande el gasto

como lo es en otras partes:
con tres sueldos y dos liartes,
comerás á todo pasto:
mas tambien te sé decir
que es su ingenio tan delgado,
que todo lo que ha sobrado
hacen que vuelva á servir:
y con no poco trabajo
zurcen de un pollo el alon
á las piernas de un sison
ó á las pechugas de un grajo:
y forman un ave entera
con todos sus adherentes
mas de cuatro diferentes
linajes, como primera, etc.

Algo de esta chistosa descripcion pudiera aplicarse á contestar metafóricamente al apasionado satírico antes citado del teatro español del siglo XVII, que tan bien supieron explotar y acomodar á su cocina los primeros ingenios de aquella nacion.

Las comedias de CUBILLO no fueron impresas en coleccion de tomos ó partes, y si sueltas, y alguna de ellas atribuida á otros autores, como *La del Señor de noches buenas*, que se incluyó entre las de Mendoza. Solo el mismo CUBILLO publicó diez (que son las que van señaladas en el catálogo) en el libro de poesías varias que dió á luz en Madrid en 1634 con el extraño título de *El Enano de las Musas*: en él se encuentra un poemita no escaso de mérito titulado *Las cortes del Leon y del Aguila*, y muchas composiciones sueltas, dirigidas á diferentes magnates y sobre varios asuntos, algunas curiosas por revelar circunstancias que dan alguna luz sobre la vida del autor á falta de otras noticias de que absolutamente carecemos; pues los biógrafos no nos han transmitido mas que la de que fué natural de Granada; pero de dicha obra se infiere que siguió la carrera forense, y que tal vez no siéndole en ella favorable la fortuna, se dedicó esclusivamente á la vida de poeta; se vino á Madrid, donde se hallaba á la mitad del siglo, siendo obligado surtidor de versos y alabanzas á los reyes, á su poderoso valido, á los grandes y magnates, cosa que si no hace grande honor á su fama, le producía por lo menos para mantener á su numerosa familia; pero oigámonse en algunos trozos de dicha obra, y él nos revelará estas circunstancias, no sin cierto chiste y naturalidad. Dice en el prólogo:

Lector, yo soy un ingenio
de fortuna (Dios delante),
que para uno y otro agüero
no es menester mas achaque.
Hiciéronme conocido
cuando muchacho las clases,
cuando jóven las audiencias,
cuando adulto los corrales.
Y para ser desgraciado
en aquestas tres edades,
la mayor maña que tuve
fué buscar los consonantes.
Hice versos (Dios nos libre),
Hice coplas (Dios nos guarde);
que de cien comedias, ¿quién
sino Dios podrá guardarme?
Ciento corrieron fortuna
en España á todo trance,
donde la mosquetería
es milicia formidable.
Perdonóme muchas veces
en medio de los embates
de Lopes y Calderones
de Velez y Villalazanes.
Que no hay bala despedida
del salitre, que se ignale
á la censura de aquellos
que hilan el mismo estambre, etc.

Esto mismo de *mas de cien comedias* que habia dado al teatro, lo repite despues mas seriamente en la dedicatoria de este libro; pero á nuestros tiempos no ha llegado noticia mas que de las que abajo damos como suyas.

Mas adelante, é interpoladas con las diez comedias ya dichas, inserta el autor multitud de composiciones mas ó menos apreciables, todas laudatorias del Rey Felipe IV, de las reinas Isabel y Mariana, del conde-duque, del almirante de Castilla y de otros magnates, en cuya recompensa cifraba á lo que parece el pobre Cubillo su esperanza; pero tan resueltamente y sin rebozo, que á continuacion de un soneto (por cierto bien mediano) que dirigió á la reina Doña Mariana de Austria, y que hubo de darla, segun él mismo cuenta, *en la carrera de Atocha un sábado por la tarde*, estampa un romance y unas coplas pidiendo al rey (que parece fué quien lo cogió al vuelo de las manos del autor) el premio de dicho soneto, premio material que no se hizo esperar mucho, segun vemos en otra composicion inmediata, en que dice:

«Yo escribí un epigrama ó un soneto
Corto en lo numeroso y el conceto,
A la feliz estrella
De la reina de España, angusta y bella.
Dile en su mano al rey, y agradecido
(Como si cualquier cosa hubiera sido),
Atento á su decoro,
Volvió á la mía la respuesta en oro.
Por catorce renglones
Me dió su majestad quince doblones:
¿Qué mas hiciera un lince
Que brujulear catorce y ganar quince?»

Esto prueba la humilde posicion de Cubillo entre los poetas que figuraban en la corte de Felipe, su modesta ambicion y escasa ventura. A la verdad que no era indigno de otra mejor el autor de las dramáticas creaciones de Mudarra y de Bernardo, y el poeta que sabia expresar una idea filosófica en versos como los del siguiente soneto que le inspiró un retrato suyo:

«Agradece al pincel ¡oh sombra vana!
Tanto esplendor, que á breve lienzo fia,
Exento á la cobarde valentia
De aquel que huyendo, mi verdor profana
Hoy me parezco á tí, mas no mañana;
¡Dichoso tú que naces cada dia,
Y el tiempo no podrá con su porfia
Poner en tí una ruga ni una cana!
¡Dichoso tú que el curso fugitivo
De su voraz carrera despreciando,
Siglos apuestas á vivir no vivo!
¡Y sin ventura yo, que siempre dando
Cada paso á la muerte, fugitivo
Sé que no vivo, y muero no sé cuándo!»

R. DE M. ROMANOS.

COMEDIAS

DE D. ALVARO CUBILLO DE ARAGON.

- * Amor (el) como ha de ser.
- Amazona (la) de España y mas hidalga hermosa.
- Añasco (el) de Talavera.
- Bandolero (el) de Flandes.
- Casados (los) por fuerza, y ejemplo de desdichas.
- Conde (el) de Saldaña, primera y segunda parte.
- Conde (el) de Iros.
- Corona (la) del agravio.
- * Desagravios (los) de Cristo.
- Entre los sueltos caballos.
- Ganar por la mano el juego.
- * Genizaro (el) de España y rayo de Andalucía, primera y segunda parte.
- * Honestidad (la) defendida, ó Elisa Dido, reina de Cartago.
- * Invisible (el) principe de Baul.
- Justo (el) Loth.
- Mayor (la) venganza, honor.
- Manga (la) de Sarracino.
- Mejor (el) Rey del mundo.
- Mentir por razon de estado.
- * Muñecas (las) de Marcela.
- Muerte (la) de Froilan, auto.
- Nuestra Señora del Rosario, auto.
- Perderse por no perderse.
- Perfecta (la) casada, prudente, sabia y honrada.
- Rey (el) Seleuco en Asia, auto.
- * Señor (el) de noches buenas.
- * Tragedia (la) del duque de Berganza.
- * Triunfos (los) de San Miguel.
- Vencedor (el) de sí mismo.

ISLAS DE FERNANDO PÓO Y ANNOBON.

ARTICULO TERCERO.

Concluida la segunda misa salió D. Luis Cayetano de la iglesia, y volviendo á convocar nuevamente al capitan Mor, al sacristan y demás principales del pueblo, volvió á exigirles que hiciesen juramento de fidelidad al rey de España, amenazándolos que sino lo hacian por bien lo harian por mal; y para intimidarlos mandó á la tropa que estaba en la plazuela que cargase las armas. Apenas vieron esto los isleños, se alborotaron creyendo que los iban á asesinar. El sacristan con *mas presencia de espíritu*, diz la relacion original, *de lo que era de esperar de un negro*, dijo al comisario portugués que si querian matarlos allí estaban, y dando gritos á sus compañeros, acrecentó el alboroto, al cual siguió una procesion de mugeres, particular por su aparato y circunstancias. Formaban dos ó tres filas, unas con crucifijos, otras con cruces grandes de madera, otras con imágenes de santos, y la mayor parte con calaveras y huesos de difuntos. Llegadas á la iglesia, hincaban la rodilla con ademanes y contorsiones propios de la ignorancia y supersticion; y retirándose despues á una eminencia que estaba cerca, volvian con mas santos, cruces y calaveras que la primera vez.

El portugués quiso dejar á los españoles que se entendiesen como pudiesen con esta confusion, y aproximándose á D. Joaquin Primo de Rivera le dijo:

—Mi comision está desempeñada; lo demás corre de vuestra cuenta.

Sorprendido D. Joaquin de semejante resolucion le respondió:

—Aun no lo está; mi soberano me ha encargado que tome posesion de la isla sin hostilizar á sus habitantes, y yo no puedo quedarme aquí á menos que hagan el juramento al rey de España, segun lo dispuesto por vuestra reina.

Llamó entonces D. Luis Cayetano al sacristan; y ¿qué repugnancia encontráis, le dijo, en reconocer al rey de España?

—Señor, de nada vale que yo y el capitan Mor lo reconozcamos, si el pueblo no hace lo mismo.

—Intimádselo y decidle que el rey de España y el de Portugal son hermanos.

El sacristan hizo al pueblo un breve discurso, cuyas cláusulas le fué dictando el comisario portugués. Reinaba gran silencio en la asamblea, y viéndola este tan tranquila, le hizo preguntar si reconocian al rey de España.

—No! no! contestaron entonces á voces todos los circunstantes, haciendo la misma demostracion negativa con la cabeza, los brazos y las contorsiones de todo su cuerpo.

—Insistís en vuestra negativa? volvió á preguntar el sacristan obligado por el comisario portugués.

—Insistimos, contestaron todos; la isla es muy pequeña, ¿para qué la quieren los españoles? No tiene bueyes, vacas ni puercos, ni otros frutos que puedan excitar su codicia; y sobre todo, es nuestra y no consentiremos que nos la quiten los blancos.

Aburrido D. Frey Luis Cayetano volvió á las naves, y con él los castellanos y portugueses. Encargó al sacristan y capitan Mor que deliberasen con los habitantes, en la inteligencia de que dentro de pocas horas enviarían por la respuesta; y para que ésta fuese favorable, dejó en la poblacion uno de los capellanes, hombre sagaz y á propósito para el intento. D. José Varela llenóse de disgusto con las noticias anteriores, al considerar que despues de los trabajos que habian sufrido desde su llegada al golfo de Guinea, no conseguían aun ver puestas en planta las ideas de su soberano. Mandó luego que los botes atracaran á tierra, preparando la artillería para saludar la bandera del rey al tiempo que se arbolase en la poblacion, cuya diligencia quedó hecha para el dia siguiente por si las cosas mudaban de semblante; tambien previno un convite para obsequiar á los comisarios, pero en circunstancias tan amargas, le pareció imprudente convidar al portugués. Este fué á las dos de la tarde á su fragata á darle satisfacciones de lo sucedido, y á asegurarle que los isleños se reducirían por bien ó por mal. Varela le reconvino ágramente sobre el fraude con que habia procedido la corte de Lisboa en los tratados de paz, aparentando unos derechos á las islas de Fernando Póo y Annobon que no tenia, y que solo habian existido en la mente del señor Gomez Ferreira, digno por esta causa y por los falsos informes dirigidos al ministro de Portugal, de severísimo castigo; á lo cual no sabiendo qué responder, pretestó para marcharse que tenia que hacer en su buque.

La venida del capellan que por la mañana se habia quedado en tierra, dió algunas esperanzas de mejor éxito, pues dijo que habia sido bien tratado de los negros, y que habia conferido el bautismo á gran número de personas, y puesto en libertad á dos mugeres falsamente acusadas de hechicería: añadió que en cuanto á la entrega, el pueblo estaba dispuesto á recibir á los españoles á pesar de algunos sediciosos que se opo-

nian por ignorancia ó por capricho. A pesar de oír Varela todo esto de boca del capellán, no se atrevió á darle entero asenso, en vista del poco respeto que manifestaron los isleños á las órdenes del gobierno portugués: no obstante, quedó esperando el resultado para salir de tanta confusión.

El 29 á las ocho de la mañana bajó á tierra acompañado de D. Joaquín Primo de Rivera y del comisario de Portugal, llevando para su seguridad un destacamento de 25 hombres de marina, y otro de 15 de tropa de ejército que iba en la *Soledad*. Salíó á recibirlos el capellán de la fragata *Nuestra Señora de Gracia*, y los fué guiando hácia la iglesia, donde estaban repicando las campanas; pero entorpecían el paso gran multitud de hombres y mugeres que se interponían, manifestando con sus gritos y amenazas la repugnancia que les causaba el que entrasen en la población. Al frente de la iglesia había un féretro con cinco calaveras en cada ángulo, y otra en medio; y mas adelante muchos huesos de difunto en una estera de palma, y muchas luces en candelijas hechas de coco. El señor Castro, incomodado con tal espectáculo, mandó inmediatamente á los marineros de su bote que llevasen á la playa el féretro y la estera de palma; pero los habitantes corrieron á estorbarlo, y lo consiguieron á no detenerlos los fusiles y bayonetas de la tropa que se había formado en la plazuela de la iglesia. El alboroto fué creciendo por momentos: las mugeres seguían formando sus procesiones, besando con frecuencia los huesos y calaveras que llevaban en las manos. ¡Estraña ceremonia que manifestaba la grosera superstición que tenían hácia sus manes aquellas gentes!

D. Luis Cayetano de Castro, irritado de ver que no bastaban las razones para contener á los alborotados, sacó la espada y dió varios golpes á cuatro ó cinco que parecían los magnates, y los oficiales y soldados, también á su imitación, fiaron á las armas la persuasiva. Los jefes españoles eligieron un medio opuesto. Llevaba D. Joaquín Primo de Rivera un cajón, que le entregó el rey, con sartas de abalorios, medallas, cruces, espejos y otras fruslerías de esta clase, y D. José Varela dos barriles de aguardiente, dos rollos de tabaco del Brasil, y 60 piezas de tela de benin, que de su cuenta había comprado en San Tomé, con el objeto de hacer algunos regalos á los isleños, á fin de granjearse por este medio su aprecio y su amistad. Todos estos objetos se les pusieron delante instándoles á que tomasen lo que quisiesen, y tal fué su tesón, que ni aun á aquellos que dos dias antes se habían embriagado en la fragata de Varela, se les pudo hacer beber una copa del aguardiente.

Entraron españoles y portugueses en la iglesia á implorar los favores del cielo: se dijo una misa, y concluida se renovaron las proposiciones: también fué infructuoso: los gritos desaforados de la multitud ahogaban las voces de los que hablaban. Ciego de cólera el capellán portugués pronunció contra ellos un anatema, y por su propia autoridad arrojó á los infernos la isla y los isleños, diciendo: *Deito ao inferno, homens, mulheres é a ilha toda*. Mas no se aterraron por eso y siguieron acusando á S. M. Fidelísima de tirana é injusta, por haber cedido á los españoles una isla en que no tenía dominio alguno, y preguntaban á estos por qué no iban al Príncipe y San Tomé que ocupaban los portugueses. Al oír esto el señor Castro acudió á ellos con espada en mano, de cuyas resultas huyó á los montes el capitán Mor, y no volvió á parecer. También huyó el sacristán, pero cogido por un criado de Don Luis Cayetano que lo presentó á su amo, fué maltratado por este con gran escándalo de los negros, que clamaban: *El sacristao! sacristao ministro de Deus!* pero á pesar de este sentimiento y de que se hallaban armados de piedras y cuchillos, no hicieron demostración alguna ofensiva. Llevó D. Luis á la puerta de la iglesia al sacristán, é instándole á que redujese al pueblo, el astuto é hipócrita negro se puso de rodillas diciendo: Señor, yo nada valgo; si quiere matarme, máteme; moriré por nuestro Señor Jesucristo, dominador del cielo y la tierra. D. Frey Luis Cayetano, viendo que no se podía sacar de él ningún partido, tomó la determinación de dejarle.

Los jefes españoles diéronse por satisfechos de las diligencias que el comisario portugués había hecho; pero no siéndoles posible tomar posesión de la isla, respecto á que los habitantes negaban pertenecer á la jurisdicción de Portugal, volvieron á bordo. A tiempo de embarcarse vieron una ceremonia repugnante y ridícula, con que las mugeres solemnizaban su victoria, haciendo escarnio de los portugueses; y fué acudir á la playa, y lavándose muy bien desde la cintura para abajo, presentarse las espaldas, y volverse corriendo á la población. El comisario portugués hizo arrestar á los mas sediciosos de los isleños; pero persistiendo estos con franqueza y resolución en que el rey Fidelísimo no era monarca, sino solo protector de la isla, los puso luego en libertad, porque no le gustaba oír estas verdades. Con esto creció la audacia de los negros: apedrearon al capellán de la fragata *Nuestra Señora de Gracia*, á un oficial y ocho soldados que por orden suya estaban en tierra; y para castigar este atentado, disparó contra la población algunos cañonazos. En fin, Varela y Primo de Rivera conocieron la inutilidad de nuevas tentativas, y determinaron que la fragata del mando de aquel,

diera la vuelta á España á enterar al rey, y la *Soledad* quedase en la isla de San Tomé hasta nueva orden, con la tropa, artillería y pertrechos.

Como habían quedado en buena correspondencia con el comisario portugués, le manifestaron su resolución, y el la aprobó, y les dijo que tenía determinado ir á la bahía de Todos-Santos á anenar la fragata, que hacia 80 pulgadas en 24 horas, y á remediar las averías que había causado el rayo en el palo mayor, despues de lo cual volvería al golfo de Guinea, á ver qué mandaba S. M. Fidelísima hacer con los habitantes de Annobon, dignos por su rebeldía de riguroso castigo. Hablaron entonces de los artículos reservados que había en la instrucción que el ministro de Marina de España había dado á sus comisionados. En ellos se decía que los portugueses conducirían al gobernador y D. José Varela á los puntos de la costa que espresaban los artículos, y pasaron un oficio al comisario portugués, preguntándole qué tenía dispuesto su corte sobre el particular, á lo que contestó con un certificado concebido en estos términos.

«D. Frey Luis Cayetano de Castro, caballero profeso en la religion de San Juan, capitán de navío de S. M. Fidelísima, certifico: que salí de Lisboa con orden de hacer viaje al golfo de Guinea, para entregar las islas de Annobon y Fernando Póo al comisario del rey Católico, y regresar á aquel puerto luego que esto se verificase.»

Hecho esto volvieron á San Tomé, donde quedó el señor Primo de Rivera, y Varela partió para España. El manuscrito original hace una relacion de su viaje; pero ¿para qué hemos de cansar á nuestros lectores con un minucioso diario de navegacion? Baste saber que despues de tres meses de haber salido de la referida isla, llegó á Cádiz el día 3 de marzo de 1779.

E. F. DE NAVARRETE.



Las tumbas de Matallana.

Vaga entre las nebulosas tradiciones de la antigua *tierra de campos* una figura imponente y misteriosa, preocupando la imaginación del vulgo con fantásticas reminiscencias. Revestida con esa poesía vaporosa que circunda los horizontes de lo pasado, flotante entre los romancescos prestigios de la antigüedad caballeresca, el prisma del tiempo y la óptica de la fantasía la prestan desusadas proporciones y un colorido indefinible de arcano y de ilusión. Pudiera ser comparado este deslumbrador efecto al de las sombras de la linterna fantasmagórica, que cuanto mas se alejan del lienzo visual, mas crecen y se desarrollan en resplandor y magnitud.

Cada país tiene por consecuencia algunas de estas sombras en la cámara ardiente de su imaginación. En España es muy comun esa poetización de las figuras históricas; porque nosotros tenemos en las venas sangre de los primitivos pueblos del Norte, y allí, en las selvas de Escandinavia, entre las rocas del Tirol, y por las márgenes del Oder,

se muestra el genio espiritual de la leyenda y de la poesía feudal. Por eso la literatura alemana siempre conserva ese sello sombrío y romántico, ese velo misterioso y fascinador. Goethe y Hoffman cifran en este punto toda su psicología, el tipo de su nacionalidad. Si entre nosotros ha quedado esa tendencia á lo ideal, dentro de límites menos exagerados, débese á causas excepcionales. El clima, el temperamento, la naturaleza del país, la mezcla de razas y dominaciones, el humor nacional y otras varas, neutralizaron los efectos de la incardinación germánica. Pero la civilización árabe, la fusión insensible de su existencia con la nuestra, y mas conforme que la teutónica con el genio brillante y ardoroso carácter de esta nación, fueron acaso el mayor contrapeso al fantasmagorismo alemán. Verdad es que la inspiración Oriental y la Septentrional son dos cosas tan opuestas como su significación topográfica. Aquella se compone de esferas de luz, alcázares de cristal, vergeles de mágica decoración: y esta no tiene mas que lagos silenciosos, montañas melancólicas, escenas de niebla y de vapor. Las dos influyen á su vez sobre nosotros; pero contrastándose mutuamente, ninguna nos llegó completamente á asimilar. Por eso no somos fisiológicamente ni del todo árabes, ni del todo germánicos. No somos esto, porque, como dice un poeta contemporáneo, los fantasmas vaporosos del Rhin se deshacen al sol ardiente del Tajo, como la nieve de sus montañas. No somos lo otro, porque el principio metafísico del Cristianismo nos eleva sobre el sensualismo asiático. Tenemos pues algo de ambos elementos, que fundidos felizmente forman un nuevo tipo, tan apasionado como espiritual, tan brillante como profundo.

Así nos explicamos la propensión de nuestro pueblo á poetizar las añejas reminiscencias. De ahí, á nuestro ver, los cuentos y consejos de las gentes sencillas, que perpetúan bajo romancescos atavios las huellas de la tradición. Basta que entre la remota penumbra de los siglos asome el perfil indeterminado de algun actor memorable en el drama del mundo, para que la imaginación popular le matice con apasionado y quimérico colorido. Por eso en las nocturnas veladas de nuestros campesinos, se repite en son de misterio y admiración el nombre histórico de D. TELLO DE MENESES. Porque la sombra centenaria del antiguo señor del Infantazgo, descuella solemnemente sobre la tradicional lontananza del país.

Si con nosotros hubiera el lector atravesado las melancólicas llanuras de los Campos Góticos, y sentádose á reposar en el ribazo de una heredad, probablemente habría oído al crédulo labriego alguna aventura novelesca, en que aquel opulento prócer desempeñara bizarro papel. Paradiso al pié de aquel blanquecino alcor, y preguntad á la anciana campesina que cruza la tortuosa vereda, cuyos fueron aquellos descuidados torreones, y la escuchareis murmurar el nombre misterioso del ilustre castellano con un acento sentimental. Y si la caída del crepúsculo os sorprende junto á sus desmoronados hogares, vereis á los pastores alejarse de aquellos restos inertes de falaz grandeza, como si entre sus sepulcrales paredones resonase el eco de la eternidad.

No es extraño. EL SEÑOR DE MENESES fue, tiempo há, el primer blason de Campos, y aquella grandeza refleja vagos destellos sobre la distante posteridad. Y estas desconocidas ráfagas alumbran los monumentos de su poder, cual metéoros melancólicos que velan la olvidada tumba de su magnífico señor. Y el castillo de Montealegre, colocado á corta distancia de su monástico panteon, parece un sarcasmo acerbo contra la vana aspiración de las pompas de la vida!

D. TELLO PEREZ DE MENESES, DE SAHAGUN, DE LEON DE CAMPOS, SEÑOR DE MENESES, DE VILLANUEVA, SAN ROMAN, POBLACION, CARRION, CABEZON, PORTILLO, MOJADOS, CELA Y RIVAGORZOS EN EL ALFOZ DE CEA, SEÑOR DEL INFANTAZGO DE MATA LLANA Y DE MALAGON, es la primera figura histórica de las crónicas de Campos. Tuvo asiento su casa solar en la villa de Meneses, cabeza del Adelantamiento de Campos Godos. ¡Coincidencia singular! ¡Llevar el señorío el mismo sobrenombre del señor! ¿Le tomaría este de aquel? Nos inclinamos á sospecharlo.

Pero no busqueis al campesino prócer en sus derruidos palacios ni en sus solitarias fortalezas. Buscadle en aquella tumba antiquísima y glacial. ¡Venid, descendad conmigo desde los alcores de la murada Villaiva al humilde valle, donde alza su severa mole el monasterio de Matallana, á la sombra de los añosos negrillos y pomposos fresnos, que guarnecen su dórica portada, que baña con perezosas aguas el desconocido Mijares! En esa soledad hallareis solamente algunos pastores, apacentando sus corderos al son de sentida y rústica tonada. Entrad en ese templo vastísimo, recorred con ojos indecisos ese crucero clásico de pintorescos aljimeces, sostenido por haces de atrevidos pilares, y cuyas ojivales galerías coronan aéreas y fugitivas bóvedas. Y revistad esas líneas de tumbas centenarias, que escuchan inertes el vuelo de la eternidad. Fijos en aquella hornacina elíptica, de sencillo aspecto y ruda decoración. Ya lo veis! No se diferencia de las demás. Un arco apuntado, sin orla ni filete, incrustado en la sillería del presbiterio, al lado del Evangelio; y bajo este dosel de granito dos lucillos cuadrángulos, con toscas cenefas y bajos relieves en su faceta exterior,

y sendos vultos berroqueños sobre la lápida sepulcral. Ahí descansa D. TELLO DE MENESES. Esa es la tumba del opulento y celeberrimo señor! Eso queda de su grandeza y su poder!...

Pulvis et umbra sumus!...

Mirad su polvorosa estatua, de toscas pero enérgicas formas, ceñido el hélico arnés, calado el ponderoso capacete, y empuñado sobre su pecho el fornido mandoble, que tantas veces vibró en los campos de victoria contra los enemigos de su Dios! Y á su lado tambien, velada de monjil tocado, yace representada por la indócil mano del feudal artista, la rica-fembra dichosa que partiera el tálamo con el regio infanzon, y que ahora comparte tambien el fúnebre honor del último reposo. Terrible compensación!

Pero duermen entre los recuerdos de su piedad. *Matallana* es obra suya. Les cobija la sombra de su altar. Ellos prodigaron sus tesoros para erigir ese Alcázar del Cistel, en cuyas opulentas bóvedas siete siglos ha resonado la alabanza del Altísimo, y la plegaria por el magnífico bienhechor. ¡El salmo de la penitencia se habrá mezclado muchas veces al viento de la noche, en aquella sagrada y funeraria soledad!

EL SEÑOR DE MENESES no yace solo con su desposada GONTRODA en aquella necrópolis monástico-feudal. Los principes que tan insigne protección la dispensaron en vida, parece que hasta mas allá de este mundo quisieron llevar la piadosa benevolencia, pues al frente de aquel enterramiento, y en un panteon de iguales formas y circunstancias, duermen el sueño eterno el Infante D. Alonso de Molina, hijo del Rey D. Alfonso, y su consorte Doña Maria Mender, que fué hija de Per Alvarez de las Asturias. Pero estos personajes, y todos los demás que pueblan los mausoleos del templo monacal, quedan olvidados ante la sombra de D. TELLO, que colosal y fantástica descuella sobre aquella melancólica mansión.

Pero el materialismo especulador tambien ha descargado su ariete sobre estas venerables memorias de la antigüedad artística y heroica. Las góticas molduras, las escultaciones primitivas del artífice germánico, han caído ciegamente pulverizadas bajo el martillo voraz del obrero mercenario. Los relieves, que eran una página viva para la historia del arte, fueron borrados por el rústico picapedrero, para el peladío de una escalera ó la repisa de un balcon. Las dovelas góticas han sido abismadas en los hornos de cal. Las bóvedas arrogantes, las pilastras bizarrísimas, han caído con estrépito desde la aérea altura en que las colocó el genio de las artes. LAS TUMBAS DE MATA LLANA no tienen piedra sobre piedra, como las murallas de la desolada Jerusalén.

V. GARCIA ESCOBAR.

LA PROTECCION DE UN SASTRE,

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

VII.

Cuatro ó seis dias despues de la noche en que Rafael contó su historia á D. Ramon, entró este un dia muy contento en casa, fuese derecho al cuarto de Rafael, y le dijo:

—Amiguito mio, que el diablo me lleve si antes de muy poco tiempo no es V. feliz.

—¿Pues qué hay, dijo Rafael con una espresion de anhelo infantil, dejando la pluma en el tintero y levantándose de la mesa en que el pobre estaba traduciendo.

—Qué ha de haber? respondió D. Ramon, nada, sino que se me ha ocurrido un medio por el cual puede V. salir de esta situación.

—No le veo, dijo Rafael perdiendo toda su alegría, al oír que no habia nada de positivo, sino un medio de salir de su situación, es decir, una esperanza. La esperanza era una cosa que desde que habia visto tantas burladas, le causaba mas dolor que placer, y si hubiera podido hacer, aun cuando hubiera sido con sangre soya, una esperanza material y sensible, la hubiera hecho para tener el placer de patearla y escupirla.

—Pues yo si lo veo, dijo D. Ramon. Ante todas cosas dígame V., Rafael, ¿está V. seguro del cariño de Inés.

—¿Y qué tiene que ver Inés ni su cariño con mis desgracias? ¡Ah! ese mismo cariño es la mayor de todas ellas... mi corazon...

—Vamos, dejémonos de corazon; responda V. á mi pregunta: ¿está V. seguro del cariño de Inés?

—Si señor, bien ¿y qué?

—Allá voy, señorito, allá voy, vamos por partes. Y dígame V. ¿si V. quisiera casarse con ella, querría ella casarse con V.?

Quedóse un rato suspenso Rafael, y por fin dijo:

—Hasta ahora no se me habia á mi ocurrido otra cosa mas que amarla.

—Nada tiene eso de particular, porque á V. no se le ha ocurrido nada bueno en toda su vida; pero ahora que se me ha ocurrido á mí, ¿dígame V., se casaría V. con ella?

—Eso es imposible, señor D. Ramon.

—Pero si fuera posible, ¿se casaría V. con ella?

—Yo la quiero con todo mi corazón...

—Pues bien, ahora es necesario que la quiera V. también con la cabeza, y trate V. con mucho juicio de casarse con ella. Ella es rica, ¿no es verdad?

—¡Señor D. Ramon! eso es indigno de mí, yo jamás...

—Pues, señor D. Rafael, quede V. con Dios, y puesto que es V. un niño incorregible y empeñado en ver otro mundo del que hay, con su pan se lo coma, y no vuelva V. á fastidiarme con sus quejas.

Hizo un movimiento para marcharse D. Ramon, y Rafael le detuvo diciéndole:

—¡Pero no conoce V. que por mas que yo quisiera seguir su consejo, me es absolutamente imposible en mi estado actual?

—¿Y cuál es ese estado, criatura? le dijo con cariño D. Ramon.

—¿Cuál es! respondió Rafael echándose á sí mismo una ojeada; mi estado actual es este, el de no tener mas que este traje, el de no tener nada de lo necesario para salir de casa, como no sea por la noche, y aun así hay momentos en que al ver mi sombra, se me enciende la cara de vergüenza bajo el embozo sucio de mi capa raída. ¡Mi estado actual es este! ¡este! ¡este! el de estar desesperado cuando no me olvido de él; el de estar desesperado ahora que V. me lo recuerda! ¿Y quiere V. que así vuelva á ver á Inés? Quiero V. que así la pida en matrimonio, para que me den en su lugar una limosna, y tenga yo que aceptarla, porque á eso voy, á pedir una limosna! ¡y nada mas que á pedir una limosna! Nunca, nunca lo haré; no puedo hacerlo; mi corazón que la adora, es un corazón bueno, generoso, un corazón que me haría seguirla, si ella fuera desgraciada, al través de todas las miserias de la vida; pero un corazón que jamás la seguirá en su felicidad, á costa de tener que olvidar sus sentimientos purísimos para acordarse, ni por un momento, de la mas despreciable de todas las cosas, de la riqueza.

—V. es un niño que se exalta por cualquier cosa, le dijo D. Ramon con cierta severidad desdeñosa. Nada de todo eso que está V. ahí diciendo viene al caso, y estoy yo tan lejos de aconsejarle á V. eso, que por el contrario, solo en gracia á los sentimientos nobles que V. ha manifestado, le perdono la ofensa que me ha hecho, suponiendo en mi ideas que ni joven ni viejo he tenido, ni tengo, ni tendré jamás. Pero dejemos esto, que ha sido en V. un olvido de que yo soy también un caballero, y hablemos sin acalorarnos.

—Señor D. Ramon, le dijo Rafael, que habia escuchado con una satisfaccion indecible las sosegadas palabras del buen militar; nunca he creído yo que V. pudiera aconsejarme nada indigno de V.: mis palabras iban dirigidas á mí mismo, á mí mala suerte, y quisiera poderle á V. probar en lo que le estimo para...

—Ea, dejemos eso, dijo D. Ramon volviendo á su estado de calma benigna, y apretando la mano de Rafael. V. es un joven bueno, noble, todo lo que V. quiera; pero tiene V. un defecto, y es que por falta de experiencia no mira V. por todos sus lados las cosas, antes de juzgarlas buenas ó malas. En este caso estamos ahora precisamente. Lo que yo le he propuesto á V., tomado como V. lo ha tomado, es todo lo malo que puede ser; pero hay otros lados por donde mirarlo, por los cuales no se presenta con tan sucio aspecto. Escúcheme V. y verá cómo tengo razón. El amor que V. tiene á Inés es generoso, es grande, es todo lo que V. quiera, pero todo esto está á mi favor, porque no sé yo qué es lo que va V. á hacer de tanto y tan buen amor, si V. no se casa con la muger á quien así ama. El simple amor, amiguito mío, es decir, el amor no mezclado con una porción de cosas de que se hace el matrimonio, es acaso el amor menos simple; pero le sucede lo que á los perseguidos por la justicia, que siempre tienen que andar ocultándose, si no quieren ser molestados por los varones justos. Hay además de esto en este amor una parte muy grande de pecado, y no creo yo que á sabiendas, y por quitame allá esas pajas, vaya V. á indisponerse con la corte celestial, cuando tan fácil le es á V. hacerlo todo bien con arreglo á las leyes divinas, que, aunque sin el visto bueno de Dios, son tenidas por auténticas, como publicadas por su apoderado de negocios. El mejor modo pues de dar giro á ese amor es el que yo le propongo á V., es el de casarse con Inés. Para esto no necesita V. humillarse ni cometer ninguna baja, ni cosa que le valga; no necesita V. sino decidirse á acometer una de las mas grandes empresas que el hombre acomete, decidirse á tener una muger por inseparable compañera. Esto además es para V. un remedio como otro cualquiera; enfermo hay que tiene que llevar toda su vida una cataplasma en el estómago. Siento mucho que le repugne á V. este lenguaje, pero esto lo digo porque pudiera muy bien suceder que V. tuviera alguna repugnancia al matrimonio. Deséngañese V., Rafaelito mío; este es el único medio de que V. consiga ser feliz, tanto espiritual co-

mo corporalmente. Es necesario que dejándolo todo á un lado se case V. Qué diablos! ¿No quiere V. á esa muchacha? Si V. no la quisiera, entonces habria baja en casarse con su dinero, pero amándola de todo corazón, ¿tiene V. mas que no acordarse de nada sino de su amor? Dígame V. ¿si V. fuera rico y ella pobre, no se casaría V. con ella?

—Mil veces! respondió Rafael con entusiasmo.

—Pues entonces, prosiguió D. Ramon, ¿dónde está la baja?

—Pero bien, dijo Rafael mordiendo las uñas, aun cuando mis sentimientos sean los mas nobles, en el estado en que estoy, ¿no tendria razon el mundo para desconocer su pureza?

—Del mundo, querido mío, espere V. de todas maneras mil injusticias, y haga V. todo lo posible por no ser pobre, porque sino, no solamente será con V. injusto, sino que añadirá á su injusticia la crueldad mas refinada.

—Al fin, señor D. Ramon, dijo Rafael, como queriendo terminar la conversacion, hay además de todo esto una razon, que será pequeña y todo lo que V. quiera; pero que me sujeta, y que me forzaria á renunciar á todas las felicidades del mundo. Antes de presentarme yo á Inés con esta facha, me dejaria ahorcar cien veces. Para llevar amor á una muger es necesario que vaya rodeado de ricas telas, elegantemente perfiladas, y envuelto en una nube de delicadísimas esencias; pero así como yo estoy, lo que se la inspira á una muger es desprecio, y nada mas que desprecio, porque no estoy bastante destrozado para inspirar compasion.

—Yo quiero, dijo D. Ramon, que sea verdad lo que V. dice, que también puede ser mentira; pero dígame V., ¿y si pudiera llevar su amor envuelto en todas esas zarandajas?

—Eso es imposible.

—Pues no hay nada mas fácil. Oigame V. Si yo tuviera dinero, desde luego se lo daría á V., pero no le tengo, y lo único que puedo darle es buenos consejos, y un medio que se me ha ocurrido para salir de todas estas dificultades.

Pues, señor, al pasar hoy por una calle, vi que se apeaban de un lindísimo landó, una lindísima muger y un barbarote de un muchacho de unos veinte y seis años, mas feo que Picio, y mas innoble que los lacayos. Desde luego me chocó el contraste que hacian con las delicadas formas de la muger, los abultados y torpes miembros del hombre, que iba echando á perder con su sudor, un riquísimo traje, que perdía toda la elegancia de su forma, inutilizando los desvelos del desventurado sastre, al caer sobre el molde antisocial de aquel zoquete. Figuréme que aquella desigual pareja serian marido y muger, y siguiendo mi camino, iba pensando en una porción de cosas concernientes al matrimonio y al amor, y á la brutalidad y á la fealdad que van en coche con la elegancia y con la hermosura. Como siempre que pienso en el trastorno de la sociedad, me acuerdo de VV. desde que sé su historia, se me vinieron al momento á la imaginacion ahora tambien sus aventuras. Empecé comparando la figura de aquel bruto con la de V., y de aquí fui sacando consecuencias, hasta que vine á parar en la consideracion de que llevándole V. á aquel bárbaro feliz, todas las ventajas que puede llevar un arcángel á una rana, estaba V. sin embargo condenado á envidiar su coche, su muger y sus galas. ¿Es posible, me decía yo á mí mismo, que mientras el pobre Rafael está metido en casa muriendo de fastidio y de inaccion, ande por ahí un bárbaro como este, autorizado con su frac para parecer caballero? Esta idea del frac me trajo á la memoria el amor que V. tiene al lujo, y el odio con que mira á esa desgraciada levita. Y en verdad que el mayor disparate que V. ha hecho ha sido vender toda la ropa.

—Cuando la vendí, dijo Rafael, mi único pensamiento era el dinero, y aunque despues conocí que la ropa es poco menos necesaria, para andar por el mundo, que las piernas, y pude haber mandado hacer mas al mismo sastre que me habia hecho aquella, con quien ya tenia yo derecho para contraer una deuda, por haberle hasta allí pagado puntualmente; sin embargo, no lo hice por temor á las trampas, que están opuestas á mi carácter. Pero volviendo á nuestro asunto, á la verdad que no sé en qué puede venir á parar todo eso que V. me cuenta.

—Paciencia, señorito, que á mí me gusta mucho ser ordenado en todas mis cosas, y por nada de este mundo cambiaria yo mi lógica. Todo esto viene á parar, en que de resultados de haber visto á aquel hombre tan feo y de tan mal tono, que merced á su dinero, tenia sin duda en la sociedad todo lo que en ella se puede tener, es decir, trato de gentes, una muger bonita y medios de trasporte, cosas todas despreciables para mí, que tengo, esto que se llama trato de gentes, por un castigo del cielo, porque no nací para merceder, y en este trato como en todos solo se trata de comprar y vender como en las ferias, donde hay trato de bestias, sin mas diferencia que la de ser allí comprados y vendidos caballos, mulas y otros animales, y hacerse todas estas cosas en el trato de gentes, con hombres, que para el caso es lo mismo. Para mí, como iba diciendo, que aborrezco el trato de gentes, para quien las mugeres feas ó bonitas no pasan de ser unos chismes inútiles, no valen nada todas estas cosas, que son una especie de antojo de embarazada pa-

algunos hombres, como V. por ejemplo. De resultas pues de haber visto á aquel hombre, que tenía todas estas cosas contra todas las leyes de la naturaleza, vine á deducir que V. podía tenerlas con justicia, y que para ello no le faltaba á V. mas que dinero. Al momento me acordé de los amores de Inés, que tenía lo que á V. le faltaba. Si logra casarse con ella, pensaba yo, cosa que no es difícil puesto que ella le quiere y es casi dueña de su voluntad, porque á una tía y á un tutor, ó se les compra, ó se les da un puntillón en caso necesario, ya tenemos á Rafael fuera de todas sus desgracias y en su puesto. No crea V. que dejé de pensar en todos esos inconvenientes que V. ha encontrado, porque le conozco á V. y le quiero de veras. Me puse pues á pensar en el medio de que en todo esto no hubiera para V. mas que amor. Después de mil reflexiones, hallé que lo peor de todo era que V. estaba separado de la sociedad en que se había V. colocado al principio, sociedad que por lo mismo que era alta y poderosa, no le servía á V. de nada, ahora que V. estaba muy bajo y muy débil; porque es la sociedad una especie de cuerda tirante, que cuanto mas alta está, mas fuerzas necesita el pobre titiritero para bailar en ella. Medité un poco sobre esto, y hallé que en la sociedad de V. la fuerza mas poderosa, el balancín indispensable para guardar el equilibrio, eran unos cuantos trapos, cortados de este ó del otro modo, y acomodados sobre el pobre cuerpo humano, que desnudo y por sí parece que no vale cosa. Entonces me di á mí mismo la razon de cómo V., á pesar de todas sus disposiciones y facultades, había venido á caer, rompiéndose el alma, desde su tabladillo, habiéndose imprudentemente quedado sin ropa, sin balancín para guardar el equilibrio y seguir haciendo sus piruetas en la cuerda en que bailaba. Lo mismo le sucedió á un aprendiz de volatin de que nos habla una fábula. Los aprendices de todas las cosas siempre son confiados, como ignorantes que están de lo que una causa mezquina puede valer en su arte.

No hay cosa en este mundo que no esté enlazada esencialmente con alguna pequeñez; y si así sucede, qué se ha de hacer, paciencia y barajar. Razon tiene V. para impacientarse: verdad es que estoy un poco pesado, pero este es mi carácter, y además quisiera yo enseñarle á V. á meditar un poco mas sobre todas las cosas, y á no ser tan ligero de cascos.

Pues, señor, como iba diciendo, al momento conocí que estaban enteramente cortadas todas las comunicaciones entre V. y su sociedad. Vea V., quién lo diría? por la simple falta de ropa! A este muchacho, me decía yo, no le falta ni carácter, ni querida, ni amigos, ni protectores le faltarian tampoco, si su orgullo no necesitara ir protegido por un frac, para no estar ni un punto mas abajo, á su parecer, que aquel que le protegiera. Maldito orgullo! pero al fin, le tiene, y es necesario ver cómo con él y todo le sacamos adelante. Me parece que no puede V. pedir de un viejo como yo sino que transija con las faltas que hay en el carácter de V. Pues, señor, sabido ya todo esto, me di el parabien de haberlo averiguado, y al momento se me ocurrió que era sencillísimo el medio de que V. volviera al mundo á tentar fortuna, pues aunque le faltan á V. todos sus amigos, tiene V. la otra esperanza de su querida, y si le falta á V. todo, entonces quiere decir que está V. predestinado á ahorcarse, y en ese caso se ahorca, y Cristo con todos, que para eso no le ha de faltar á V. protección; al contrario, la tierra, el cielo, y sobre todo los hombres, le convidarán á V. amablemente á hacerlo del modo que V. encuentre mas suave, y mas blando, y mas regalado. Pero yo tengo esperanzas de que hemos de lograr nuestro objeto. No hay mas que hacer sino ponerse muy majo, y con esto, y con lo que su desgracia, que es gran maestra, le pueda haber á V. enseñado, aprovechar el tiempo, y no dejar que la cabeza se vaya á pájaros, sino sujetarla á que piense en una sola cosa, y obligarla á que aplique toda la energía que pierde en una porción de pensamientos vagos y aéreos, á un objeto macizo, con su correspondiente latitud, longitud y profundidad, capaz por consiguiente de peso y medida, como lo es el matrimonio, que es en lo que yo quiero que piense V. ahora. Para esto hay la fortuna de que ni aun tiene V. que acendrar su antiguo sastre, que puede que por no mandarle hacer nada sin poderle pagar á la tocateja, fuera V. todavia tan niño y tan pobre hombre que anduviera dudando, sin pensar en que al bienestar de un hombre como V., pueden sacrificarse sin remordimiento de veinte á veinte y un mil y quinientos sastres, con todas sus familias, herederos y sucesores.

Yo creo que rebajado el pico, hay justicia en lo que dice D. Ramon. Apuradamente nunca pagarán estos malos cristianos lo que hacen padecer al mundo con sus equivocaciones, con sus enmiendas, con sus mentiras y con sus cuentas, que son tan exorbitantes y tan disparatadas como las del Gran Capitán al Rey Católico, que merecia mejor por su mezquindad y real ingratitud estas pesadas bromas de su generoso caudillo, que no un pobre parroquiano, de su sastre, que nada ha hecho por él sino hurgarle, medirle y cincharle, y otra porción de ju-diadas, sin darle reinos ningunos, sino tormentos, rabietas y sinsabores. Estoy de tan buen humor, que si no fuera porque tengo gana de concluir el cuento, que ya me va á mí mismo fastidiando, habia de poner aquí una especie de legislación escepcional, con la cual creo

yo que se conseguiria que los sastres sirviesen mejor á los hombres.

No quiero personalidades, y así advierto que si algo malo digo de los sastres, no es de los sastres presentes, sino del ente moral sastre, pues ni por el pensamiento puede pasarse hablar mal de los sastres vivos, entre los cuales confieso que hay quien tiene tanta y tan merecida reputacion, que apenas la aumentara aquí mi pluma, entregando los nombres célebres, con mi obra, á quien los quiera coger despues de salidos por las yos no sé cuántas bocas, de las yos no sé cuántas trompetas de la fama, prostituta indecente que se vende de mil maneras, y que ahora se venderá con el cuerpo de mi cuento, que es este cuadernillo, en las mismas librerías en que él se venda: y digo el cuerpo, porque el espíritu quedará en mi poder para no venderle nunca, ni con fama, ni por separado.

¡Oh tú, Utrilla, querido sastre mio! Recibe la enhorabuena que te doy de tus poco comunes talentos! Bien sabe el mundo elegante cuánta es tu superioridad en el arte, al resto de tus compañeros! Y bien sabe Dios que á ponerte á la cabeza de todos, no me mueve á mí el amor de parroquiano, no, muéveme solo el amor á la justicia que debe hacerse á tu mérito intrínseco. ¿Quién posee como tú el secreto de que la ropa se ciña al cuerpo como... cómo diré yo? Pero teniendo esta entonacion algun carácter poético, creo que no haré mal en decir etc., etc., etc., se ciña al cuerpo como la yedra al olmo. ¡Tú, que con esto logras que las piezas salidas de tu taller, tengan toda la elegancia que en tus artísticos sueños imaginas, sin el amaneramiento que tanto se opone á la verdadera elegancia! ¡Tú, en fin, tú, á quien yo ahora me dirijo, tú eres casi el bello ideal del sastre! ¡Tú te has hecho superior á este siglo en que se está cerniendo el porvenir del mundo; este siglo que no hace mas que prometer sin cumplir; y separando tu causa de la de todos tus compañeros, que mienten con el siglo, que los envuelve en su marcha, así como á los gobiernos, que tambien van envueltos como los malos sastres en los embustes de la época; separándote del siglo, de los sastres y de los gobiernos, cumples tú religiosamente tus palabras, portándote como debes y sin atender á mas!

Pero, ¿qué puedo yo decir de ti, famoso Utrilla, que no se haya dicho ya en los pocos salones que en la corte tenemos, donde se introduce el delicado y pulcro espíritu tuyo, que reside en todo cuanto corta tu angelical tijera, sobre los cuerpos de los pocos elegantes que tenemos en la corte? Allí es donde absolutamente reinas, y donde por unanimidad y sin contradicción eres respetado como rey del arte.

Sabe, amigo mio, que no á todos los reyes les sucede lo mismo; pero es sin duda porque no presentan al público obras tan buenas y tan acabadas como las tuyas.

Adios, Utrilla, adios; que á quien con justicia pueden tributársele las anteriores alabanzas, no he de ir yo á ponerle el pequenísimo defecto de que por vanidad y despreciándole, no quiere poner en su corona el florón bellísimo que podia añadirle, si cortara él mismo con cuidado, los tan necesarios y por él tan desatendidos pantalones.

Tambien de ti me acuerdo, caro y carísimo Rouget; pero sigue vendiéndote caro, que bien lo merecen tus ricas telas, y yo entre tanto me vuelvo á mi cuento, que por desatendido estoy viendo que me va á salir como los pantalones, en que Utrilla no se interesa.

(Continuará.)

MIGUEL DE LOS SANTOS ALVAREZ.

JEROGLIFICO.



Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO PINTORESCO y de LA ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra, Jacometrezo, 26.